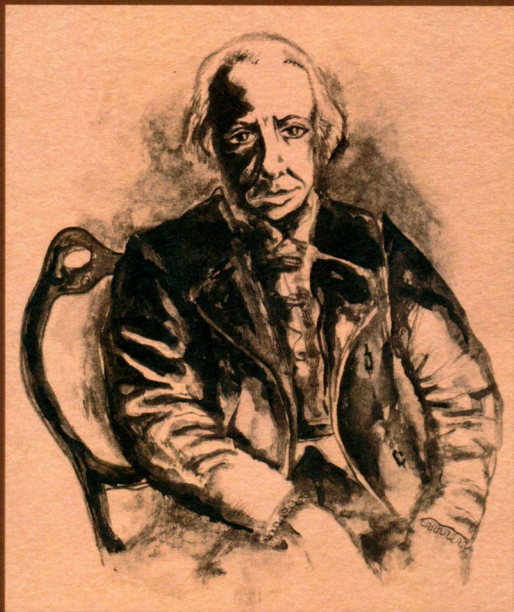


Universidad Nacional de Lanús

**Estudios biográficos y críticos
sobre algunos poetas sudamericanos
anteriores al siglo XIX**



Juan María Gutiérrez

Edición de Isaías Lerner y Juan Carlos Mercado

Ediciones de la UNLa.

Librería García Cambeiro

Índice

Prólogo	9
Introducción	13
Advertencia preliminar	25
I. Fray Juan de Ayllón y el Gongorismo. Recuerdos del viaje por el Perú	29
II. D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza. Poeta mexicano del siglo xvi	45
III. D. Juan Manuel de Lavardén. Licenciado, del consejo de s. m. y su oidor honorario de la Real audiencia de la Plata, Teniente General y Auditor de guerra de la Capitanía General del Río de la Plata, etc.	61
IV. D. Juan Caviedes. Fragmento de unos estudios sobre la literatura poética del Perú	137
V. Sor Juana Inés de la Cruz. Escritora americana del siglo xvii. Su origen, su vida, sus obras en prosa, sus poesías místicas y profanas	157
VI. El P. Juan Bautista Aguirre. Poeta guayaquileño del siglo xviii	229
VII. Pedro de Oña. Poeta épico de fines del siglo xvi	257
VIII. D. Pablo de Olavide. Peruano del siglo xviii (1725-1803)	279
Referencias bibliográficas	325
Bibliografía	327
Índice de notas	353
Breve reseña de los editores	363

Prólogo

Esta edición de Lerner y Mercado contribuye a rescatar la estupenda obra de un intelectual comprometido en la indagación y la construcción del país: una patria que concebía, siguiendo la huella de los revolucionarios de la independencia, en su plena dimensión americana. Juan María Gutiérrez fue militante de la causa de nuestra emancipación cultural, aunque le tocó vivir los tiempos de frustración de ese hermoso sueño.

Por sus raíces criollas era sobrino nieto del oriental Bartolomé Hidalgo, el combatiente artiguista, reconocido precursor de la poesía gauchesca, que la malevolencia de sus contrincantes despreciaba por su fervor popular y su piel oscura: reminiscencias de la gesta federal y el heroísmo patriótico, señales de una identidad que tuvieron evidente gravitación en las inclinaciones literarias de varios miembros de la familia.

En la apertura del Salón Literario de 1837, el discurso inaugural del joven Gutiérrez trazaba un programa a su generación, marcando las rupturas o discontinuidades del proceso histórico en el cual ellos debían insertarse. Evocaba cómo se truncó una civilización originaria que se encaminaba a su cenit, cómo “el fuego y el hierro de la conquista” destruyeron y enterraron el legado de conocimiento, las costumbres y las sabias instituciones de las culturas indoamericanas, “cortando el hilo de nuestro desenvolvimiento intelectual”. Así, esta parte del mundo “se trocó en hija adoptiva de la España”, cuyas ciencias y letras, según el cuadro que planteaba a continuación, quedaron rezagadas —salvo notables excepciones— respecto a otras naciones europeas.

Por lo tanto, dada la nulidad de la herencia del absolutismo español, debíamos divorciarnos de esas tradiciones, “como supimos hacerlo en política, cuando nos proclamamos libres”. Era preciso ingresar en el dinamismo de los países más adelantados, pero la recepción del nuevo pensamiento y la literatura de Europa “no debe hacerse ciegamente, ni dejándose engañar del brillante oropel con que algunas veces se revisten las innovaciones”, sin fijarnos antes “en nuestras necesidades y exigencias, en el estado de nuestra necesidad y su índole, y sobre todo en el destino que nos está reservado en este gran drama del universo, en que los pueblos son actores”. Su propuesta era implementar

“una educación análoga y en armonía con nuestros hombres y nuestras cosas; y si hemos de tener una literatura, hagamos que sea *nacional*, que represente nuestras costumbres y nuestra naturaleza, así como los lagos y ríos sólo reflejan en sus aguas las estrellas de nuestro hemisferio”¹.

Era, en suma, una aguda crítica a la dependencia y la mediocridad intelectual, y un llamado a la creatividad y la comprensión del país, no sólo en el nivel filosófico y artístico, sino también poniendo manos a la obra en las tareas de la agricultura, las comunicaciones y la industria. Su sensibilidad poética iba a la par de su pasión por la ingeniería y las matemáticas, de modo que, como observó Alberdi, era una persona que aunaba “un superior buen gusto con un buen sentido práctico”.

Aquel grupo de la “Joven Argentina”, pretendiendo superar la antinomia entre federales y unitarios, postulaba en su manifiesto liminar una conciencia americana que, si bien reconocía a Europa como centro de civilización, se negaba a “sujetarse ciegamente a sus influencias” o esclavizar su pensamiento al de otro pueblo. Y anunciaba que, cuando la inteligencia americana se pusiera al nivel de la europea, “brillará el sol de su completa emancipación”².

Gutiérrez y sus compañeros de generación, en particular Sastre, Echeverría y Alberdi, mantuvieron con algunos vaivenes aquella propuesta del nacionalismo romántico, aunque el irreductible enfrentamiento de los partidos los empujó a emigrar junto a los adversarios de Rosas, y algunos de ellos se plegaron después al federalismo constitucionalista.

Gutiérrez, tras el exilio que le permitió conocer varios países vecinos de América, como diputado constituyente y luego como ministro del gobierno de Paraná, participó del proyecto de la Confederación, que Urquiza condujo a la derrota y la resignación frente al centralismo porteño. Aceptó entonces ocupar un lugar eminente, desde el rectorado de la Universidad de Buenos Aires, en la formación de los profesionales que demandaba el desarrollo del país. Lo hizo, es importante subrayarlo, a pesar de su disconformidad con el rumbo que adquirió la “organización nacional” bajo las presidencias de Mitre y Sarmiento, cuando se dio la espalda a las demás repúblicas suramericanas y se llevó adelante la guerra contra pueblos hermanos.

¹ *El ensayo romántico (selección)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967.

² “Palabras simbólicas” del Dogma Socialista, *Obras completas de Esteban Echeverría*, Buenos Aires, Zamora, 1951.

“La República Argentina está comprometida en una guerra estéril bajo todos los conceptos” afirmaba en su correspondencia al iniciarse la contienda del Paraguay: “derrotados o victoriosos, no sacaremos sino males más o menos próximos”. En el epílogo de aquella tragedia, cuando Buenos Aires fue azotada por la peste de 1871, escribía: “El foco de esta gran calamidad es el Paraguay, o más bien la Asunción, tal cual la ha hecho la última guerra. La fiebre amarilla es uno de los frutos de *la gran política*” [de Mitre]. Y cuando, ante la muerte de Urquiza y el alzamiento federal de López Jordán, Sarmiento intervino militarmente la provincia entrerriana, le confesaba a un amigo con cruda sinceridad: “lamento la guerra que ha terminado como lamento la que comienza, la cual amenaza dejar a Entre Ríos en la misma brillante situación que ha quedado el Paraguay. Nos gobierna una gavilla de pillos y de charlatanes y cuando veo que esto no tiene remedio, la discreción me manda mirar a otro lado y callar. Si yo no fuera un miserable proletario o si tuviera menos edad, no viviría en un país donde hace el papel principal de la comedia gubernativa el pedante dómine de aldea que usted conoce”³.

En sus últimos años, Gutiérrez contempló con amargura la desvirtuación de los ideales de la revolución de la independencia y de los postulados americanistas de la generación del 37, pero cumplió su papel de “proletario”, incansable trabajador de la cultura, confiando seguramente en que su labor educativa era la siembra del futuro.

Hoy, cuando a lo largo muchos avatares la lucha de los pueblos ha creado nuevas condiciones para el reencuentro de los países de nuestro continente, así como para recuperar el impulso de un pensamiento propio suramericano, el empeño de Gutiérrez adquiere el valor de un fecundo precedente y una demorada profecía del porvenir.

Hugo Chumbita

³ Correspondencia citada por León Pomer, *Proceso a la guerra del Paraguay*, Merlo, Instituto Jauretche, 2010.



Colección Humanidades y Artes
Ediciones de la UNLa.

"Nuestra biografía colonial es una nueva paleontología cuyos elementos yacen escondidos en las profundidades de un mundo no explorado. Sus seres permanecen sin estudio y sin clasificación, y sólo se les halla en fragmentos bajo densas capas de indiferencia y de olvido, a tal punto, que por más esmero que se ponga en restaurarles, se corre el peligro de sacar a la superficie esqueletos faltos de musculatura y de vida.

He hecho algún esfuerzo para evitar este inconveniente, poniendo, en lo posible, a los personajes de que me ocupo en relación con sus épocas, con sus contemporáneos y con el estado social de la Metrópoli, porque para mí el retrato es menos principal que el fondo, en el cuadro del antiguo régimen que me he propuesto aclarar en sus aspectos morales e intelectuales.

Las páginas que siguen no habrían visto jamás la luz, ni habrían sido escritas, si ellas, según lo entiendo, no fueran una demostración palpable de que la instrucción literaria antigua era una rémora al desarrollo de la privilegiada inteligencia de los sudamericanos, y de que éstos fueron comprimidos entre las fajas de una escuela perversa para que nunca dejaran de ser niños.

Presento hoy unos cuantos ensayos que se resienten de la forma de artículos de periódicos que me he visto forzado a darles, y que no cambiaría en adelante si me fuera posible continuar dando a luz la numerosa galería que de estos personajes de mi predilección he logrado formar. Tal vez no les desaire el público, siquiera sea por la circunstancia del paisanaje y por el testimonio que vienen a dar, a través de los tiempos, en favor de la justicia de la revolución que nos introdujo en 1810 en el verdadero mundo nuevo de las ideas y de las creencias".

Juan María Gutiérrez

